

EL COLEGIAL

AÑO 1
PRECIO
1-

REVISTA INFANTIL
(APARECE LOS VIERNES)

N.º 6

16 DE MAYO DE





CLASE AVES

Familia Pícidos

EL CARPINTERO GRANDE (*Campophilus magellanicus* King)

Las aves que constituyen esta familia son eminentemente trepadoras, tal cual lo indica la conformación de sus pies y plumas de la cola, el pico es robusto y recto y se valen de él para horadar los troncos de los árboles de nuestros bosques del sur, buscan admirablemente los insectos y larvas que se ocultan entre las gazgaduras de las cortezas y con su lengua atrapan insectos de que se alimentan.

Anidan en los huecos de los troncos y si éstos no los hay, principian por hacer un hueco ellos mismos, por su constancia en agujerear los troncos merecen ser llamadas el símbolo de la constancia en el trabajo.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

(APARECE LOS
VIERNES)

Cañilla 6562

—Correo 4.—

Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

El COLEGIAL

PRECIO
DEL
EJEMPLAR:
\$ 1.-

SUSCRIPCIONES

EN CHILE:

Anual . . . \$ 50.—

Semestral . . . 25.—

AÑO I

N.º 5.

MI CHARLA DE HOY

¡Aquí me tenéis otra vez, queridos amiguitos! ¿De qué conversaremos ahora? Los días lluviosos nos arrinconan en algún sitio de la casa y quisiéramos oír lindas historias de labios de la mamá o de la abuelita. Pero las mamás y las abuelitas de hoy, parecen haber olvidado el arte maravilloso de la narración familiar; ya no saben retenernos a su lado con la magia del encantador relato que brotaba de labios de las mamás y abuelitas de antaño. Pero nosotros, los chicos de hoy, sabemos desquitarnos del abandono de nuestros mayores. ¿Cómo? Pues, leyendo las hermosas narraciones de "El Colegial". Un amiguito me decía, el Viernes pasado, que en las páginas de nuestra revista hallaba mucho de la dulzura del regazo materno, de la palabra acariciadora del padre, de la ternura suavísima de la abuela. ¿Verdad que ese amiguito tenía toda la razón? Pues bien, queridos lectorcitos, siempre las páginas de nuestra revista cultivará con amor la palabra que enseña y entretiene y que emociona el corazón puro de los niños.

¡Hasta el Viernes próximo!

EL COLEGIAL



La Reina ~ de las Nieves

RECUERDE: Gerda y Kay son dos niños vecinos que se quieren como hermanos. Kay es arrebatado de su casa por la Reina de las Nieves que lo conduce a su palacio de hielo, mientras la pequeña Gerda le busca por los solitarios caminos, luego llega a un hermoso palacio donde le proporcionan ropa y alimento, además un carruaje para que siga en busca de su compañero Kay; pero en su camino es asaltada por unos ladrones que la conducen a su casa y pasa a ser la compañera de la hija de estos bandoleros, quien la llega a querer y consuela compartiendo con ella su pieza.

CAPITULO V

Gerda recupera su libertad

La mujer de uno de estos ladrones, sacó su afilado puñal con intención de herir a la pequeña Gerda, pero al levantar su brazo quedó en el aire.

—¡Oh! —exclamó entonces la vieja, porque una hija que tenía, acercándose por detrás le mordió la oreja, y se colgó de ella con los dientes cual si fuese una fierecilla.— ¡Malvada! gritó la madre.

Y así fué como no pudo dar muerte a Gerda.

—Jugará conmigo —dijo la pequeña ladrona.— Me dará su manguito, su hermoso traje y dormirá en mi cama.

Luego dió un nuevo mordisco a su madre y la obligó a bailotear de dolor. Todos los ladrones se echaron a reír y dijeron:

—Miradla cómo baila con su osita.

—Quiero subir a ese cochecillo —dijo la pequeña ladrona.

Debemos decir que siempre veía satisfechos sus caprichos, porque era muy testaruda y estaba en exceso mimada. Ella y Gerda subieron al coche y dieron un paseo por el bosque. La pequeña ladrona tenía aproximadamente, la misma edad de Gerda, pero era mucho más vigorosa; sus hombros eran anchos, la piel más morena, los ojos muy negros y de expresión casi melancólica. Rodeó con un brazo la cintura de Gerda y le dijo:

—No te matarán mientras no me incomode contigo. Sin duda eres una princesa.

—No —le contestó la pequeña Gerda.

Y luego le refirió todas sus aventuras, y cuánto quería a Kay.

La pequeña ladrona la miraba fijamente, inclinó la cabeza y dijo:

—No te matarán aunque me enoje contigo, porque entonces lo haría yo.

Luego secó las lágrimas de Gerda, metió las manos en su manguito que era muy cálido y suave.

Por último, se detuvo el coche; habían llegado al patio del castillo de los ladrones, cuyos muros estaban agrietados desde el suelo a su extremo superior. Los cuervos y las cornejas entraban y salían por todos los agujeros, y unos enormes "bull-dogs", capaces de devorar a

una persona, saltaron a la mayor altura que les fué posible, pero no ladraban porque no les era permitido. En el centro del suelo de piedra ardía una buena hoguera y el humo llenaba la sala entera, hasta que, por fin, se escapaba por donde podía. En un gran caldero hervía la sopa y en los asadores estaban espetados gran número de liebres y conejos.

—Esta noche dormirás conmigo y con mis animales favoritos —dijo la pequeña ladrona.

En cuanto hubieron comido y bebido, fueron a refugiarse en un rincón, donde había alguna paja y unas alfombras. En las vigas estaban posados tal vez un centenar de palomos. Parecían dormidos, pero se movieron un poco al llegar las niñas.

—Todos son míos —dijo la pequeña ladrona, agrarrando a uno de los que estaban má cersa. La pequeña sujetó por las patas a uno de los palomos y lo sacudió hasta que agitó las alas. —¡Bésalo —dijo acercándolo al rostro de Gerda.— Esos son los palomos del bosque —añadió señalando algunos listones fijados a través de un gran agujero que había en la pared a cierta altura.— Son unos tunantes y emprenderían el vuelo si no estuviesen encerrados. Aquí está mi preferido —añadió tirando de los cuernos de un reno. Estaba atado y en torno del cuello llevaba un collar de cobre.— También hemos de mantenerlo sujeto, para que no huya. Todas las noches le pincho el cuello con mi brillante cuchillo, y así está él de asustado.

La pequeña ladrona mostró un largo cuchillo que tenía escondido

en un agujero de la pared y lo pasó por el cuello del reno. El pobre animal mugió y dió unas coces, y la muchacha se echó a reír y obligó a Gerda que se tendiera a su lado.

—Vuelve a contarme lo que antes me dijiste acerca del pequeño Kay y por qué saliste a buscarlo por el mundo.

Gerda le hizo nuevamente el relato y las palomas del bosque se arrullaban en su jaula, en tanto que los otros estaban dormidos.

La pequeña ladrona rodeó con su brazo el cuello de Gerda, y se durmió. Pero Gerda no podía cerrar los ojos; ignoraba si estaría condenada a muerte o la dejarían vivir. Los ladrones estaban sentados en torno de la hoguera, comiendo y bebiendo, y la vieja daba unas cabriolas espantosas. Eso asustó mucho a la pobre niña. Luego los palomos del bosque dijeron: "Hemos visto



En un gran caldero hervía la sopa, los ladrones bebían y comían alrededor de la fogata.

al pequeño Kay. Su trineo era arrastrado por un pollo blanco y él iba sentado en el trineo de la Reina de las Nieves; flotaban a poca altura, sobre los árboles, mientras nosotros estábamos en nuestros nidos. La Reina sopló sobre nuestros polluelos y todos murieron a excepción de dos".

—¿Qué decís ahí arriba? —preguntó Gerda.—¿A donde iba la Reina de las Nieves? ¿Sabéis algo de ella?

—Con toda seguridad volaban hacia Laponia, porque allí hay siempre hielo y nieve. Pregunta a ese reno que está atado.

—Allí hay hielo y nieve, y es un país magnífico —dijo el reno.— En aquellas enormes y brillantes llanuras se puede saltar y correr hacia donde se quiera. La Reina de las Nieves tiene allí su tienda de verano, pero su castillo permanente se halla hacia el Polo Norte, en la isla llamada Spitzberg.

—¡Oh, pequeño Kay! —suspiró Gerda.

—Estáte quieta o te clavo el cuchillo —exclamó despertando, la pequeña ladrona.

Por la mañana, Gerda le comunicó todo lo que dijeron los palomos y la pequeña ladrona la escuchó con mucha seriedad. A veces inclinaba la cabeza y decía:

—¡No importa! ¡No importa! ¿Sabes dónde está Laponia? —preguntó al reno.

—¿Quién mejor que yo? —exclamó el animal, con los ojos brillantes de alegría.— Allí nací y me crié, y solía saltar por los campos de nieve.

—Escucha —le dijo la pequeña ladrona.— Ya ves que todos nues-

tros hombres han salido, pero mi madre aún está aquí y no se moverá. Pero, más tarde, tomará un buen trago de esa botella y luego echará una siesta. Entonces haré algo en tu beneficio.

Luego salió de un salto de la cama, corrió al lado de su madre, le tiró de la barba y dijo:

—¡Buenos días, mi querida madre!

Su madre le dió un papirotazo en la nariz y se la puso roja y azulada. Pero aquello era una expresión de afecto.

En cuanto su madre hubo echado el trago de la botella y se durmió, la pequeña ladrona se acercó al reno y le dijo:

—Tendría el mayor placer del mundo en retenerte y en seguir pinchándote con el cuchillo, porque eso resulta muy divertido, pero no importa. Te desataré y te ayudaré a escapar, con tal de que puedas ir a Laponia; pero antes me has de prometer que, en mi obsequio, llevarás a esta niña al palacio de la Reina de las Nieves, donde está su compañero de juegos. Estoy segura de que has podido oír lo que me ha contado, porque habló en voz bastante alta, y tú casi siempre eres un curioso.

El reno dió un salto de alegría. La pequeña ladrona levantó a Gerda, la montó en el reno y tuvo la precaución de sujetarla con una cuerda al cuerpo del animal. Y aun le puso un almohadón para que se sentara en él.

—Bueno, después de todo te devuelvo tus botas, porque hará mucho frío, pero me quedo con tu manguito, porque es muy bonito y no puedo desprenderme de él. Sin em-



El reno continuó corriendo de día y de noche.

bargo, no tendrás frío. Toma los grandes mitones de mi madre, que te llegarán hasta los codos; ven, mete las manos.

Gerda empezó a derramar lágrimas de alegría.

—No me vengas con lloriqueos —dijo la pequeña ladrona.— Harías de estar loca de alegría. Ahí tienes dos panes y un jamón, para que no te mueras de hambre.

Ató todas esas cosas sobre el lomo del reno; luego abrió la puerta, llamó a los perros para que no mordiesen al reno y a la niña, y cortó el ronزال con el cuchillo, diciendo al reno:

—Ahora echa a correr, pero ten cuidado de mi niña.

Gerda extendió hacia la pequeña ladrona las manos cubiertas con grandes mitones y dijo adiós; luego el reno echó a correr y atravesó matas y brezales, a través de un dilatado bosque, por marja-

les y llanuras, con toda la velocidad que le era posible. Los lobos aullaban y los cuervos graznaban, en tanto que en el cielo temblaban las luces rojas de la aurora boreal.

—Esas son mis antiguas luces del Norte —dijo el reno.— Mira cómo centellean.

Y continuó corriendo más de prisa que nunca, de día y de noche. Los panes habían sido comidos ya, así como el jamón, y por fin llegaron a Laponia.

Detuviéronse ante una pequeña cabaña, de muy pobre aspecto; el tejado llegaba hasta el suelo y la puerta era tan baja que, para entrar o salir, era preciso ponerse a gatas. Dentro no había más que una mujer lapona. El reno le refirió toda la historia de Gerda, pero antes relató la suya propia, que le parecía la más importante. Gerda estaba aterida de frío, de tal manera, que no podía hablar siquiera.



Lindor el

RECUERDE: Lindor se cree hijo del viejo menestral Galvén; pero éste le revela, al tiempo de morir, que su verdadero padre es el barón Adrián de Sagremor, cobardemente asesinado y despojado de sus bienes por el señor de Faunas. Lindor jura vengarse. El buen mago Persides le indica el camino para ir al castillo del señor de Faunas. Entra en una posada y los soldados lo emborrachan. Uno de ellos levanta el puñal para matar al joven, pero brota un rayo del violín y hace cenizas el puñal.

CAPITULO V



1.— Los soldados comprendieron que el jovencito estaba protegido por algún espíritu y no se atrevieron a matarlo. Pero en cambio lo llevaron a una casa solitaria que pertenecía al tabernero y que estaba a una legua de distancia.



2.— Alumbrándose con una antorcha, bajaron al pobre Lindor al sótano y lo colocaron sobre un puñado de paja. —Creo que el espíritu protector lo dejará morir de hambre, dijo riendo el escudero Lambregue. Y todos se rieron.



3.— Casi a esa misma hora subía el astrólogo Fariano a la torre más alta del castillo de Faunas. Observó el cielo con su telescopio y descubrió espantado una nueva y brillante estrella que eclipsaba a la del



4.— Precipitadamente bajó el astrólogo a su gabinete de magia y consultó el espejo mágico. Al pronunciar unas palabras cabalísticas, apareció en la pulida superficie del espejo la atrayente figura de un jo

Menestral



5.— ¡No puede ser, debo haberme equivocado!, exclamó el astrólogo. Volvió a pronunciar las palabras cabalísticas y esta vez apareció en el espejo la venerable figura de un anciano sosteniendo la espada y el guantelete de hierro encantados.—¡Malo, malo! murmuró el astrólogo. Avisaré a mi señor en el acto.

6.— El astrólogo entró en la cámara del señor de Faunas que se paseaba nerviosamente. —¿Qué os trae por acá, amigo Fariano? preguntó el amo. —Un asunto sumamente grave, señor, respondió Fariano. —Entonces, tomad asiento para que conversemos, dijo el señor de Faunas mostrando un sillón al astrólogo Fariano.



7.— El astrólogo tomó asiento, el señor de Faunas también se sentó y entonces dijo el astrólogo: —Acabo de saber por mi espejo mágico que se cierne un gran peligro sobre vuestra persona.—¿Quién se atreve a amenazarme?, preguntó el señor de Faunas. —Un joven menestral, respondió Fariano con mucha gravedad.

8.— ¡Un menestral! exclamó el señor de Faunas echándose a reír. —No os riáis, señor, dijo Fariano; ese menestral está a punto de obtener la espada y el guantelete maravillosos, dos talismanes que lo harán triunfar. El señor de Faunas se levantó y empezó a pasear muy preocupado.—Ya veremos, dijo. Fariano se retiró.

(Continuará)



Los Dos Huérfanitos

RECUERDE: Damián y Paulina dejan la cabaña del pescador al descubrir que éste no es su padre. Por el camino encuentran a un hombre atropellado por un auto y antes de morir el hombre accidentado les entrega una chaqueta entre cuyos forros hay una fortuna. Damián promete entregar aquella prenda de vestir a la hija del moribundo. Este muere y los niños, después de rezar una oración, se alejan con la chaqueta y un perro que pertenecía al muerto. Un vagabundo se apodera de la chaqueta, pero Damián, ayudado por el perro, la rescata. El vagabundo se junta con un malhechor y éste, haciéndose pasar por agente le pide que le entregue la chaqueta. El niño se niega y comprendiendo el peligro los dos hermanos echan a correr. Pero el malhechor tira un lazo sobre Paulina y la derriba.

CAPITULO V

La suerte cambia

Damián se volvió rápidamente y abriendo su cortaplumas corrió hacia el malhechor para hacerle frente y salvar a su hermana. Pero el ché Desiderio había sacado un puñal y desde lejos amenazó con el arma al muchachito.

—¡Arranca, Damián, te va a matar! le gritó Paulina con desesperado acento.

En ese mismo instante llegó corriendo Celestino para ayudar a su compinche. Entonces ocurrió un hecho inesperado. Celestino fué detenido en su carrera por un obstáculo insalvable y este obstáculo no era otro que el leal y bravo Betún. Gruñendo salvajemente se precipitó contra el maleante que estuvo a punto de caer de espaldas ante el choque formidable. Y mientras Ce-

lestino se debatía desesperadamente para zafarse de aquella fiera, ella furiosa, el ché Desiderio avanzaba amenazando a Damián con su enorme puñal cuya hoja lanzaba siniestros destellos. Comprendiendo el pobre niño que en una lucha cuerpo a cuerpo con aquel criminal estaba perdido, instintivamente le lanzó su cortaplumas con todas sus fuerzas. El maleante equivocó el cuerpo, pero no fué lo suficiente listo para evitar que la hoja del pequeño cuchillo le hiciera una herida en el rostro.

La sangre pareció enfurecerla. Damián, al ver aquel fostro desfigurado por la rabia, sintió miedo y volviendo las espaldas echó a correr. Ya no pensaba en la chaqueta. El instinto de conservación había sido más fuerte que su bravura y Damián corría, corría, sintiendo cada vez más cerca los pasos del bandido que lo perseguía con puñal en mano. De repente, en una vuelta del camino carretero apareció un automóvil.

El pobre naufrago perdido en medio del mar, sobre una pobre balsa alrededor de la cual inmundos tiburones esperan el momento propicio para devorarlo, ese pobre naufrago divisando de pronto una vela en el horizonte, no habría sentido una alegría más grande que la que sintió Damián al divisar el automóvil. Se puso a gritar y agitar los brazos. El auto llegó velozmen-

Los dos huérfanitos

te y se detuvo en seco. La portezuela de un lado se abrió y saltó a tierra un caballero elegantemente vestido, seguido de cerca por el chofer.

El ché Desiderio se puso pálido de rabia al ver que la presa se le escapaba.

—¡Quiere matarme! exclamó Damián buscando refugio junto al caballero del auto.

—¿Qué te pasa con este niño? interrogó imperiosamente el caballero al bandido.

—¡Ya lo ve usted! respondió ché Desiderio. ¡Me ha marcado la cara ese angelito! Le aconsejo que no se meta en esto, caballero... Ese chiquillo necesita un castigo...

—Mucho castigo es ese, sin violencia, granuja! respondió. Sólo los bandidos como tú pueden castigar en esa forma...

Ché Desiderio hizo un gesto como para lanzarse sobre el automovilista, pero éste sacó rápidamente

una pistola automática y encañonó al bandido.

—¡Quieto, si no quieres que te agujeree el pellejo! amenazó el caballero.

En seguida, sin dejar de apuntar al cuyano, dijo a su chofer:

—¡Anda, José, allá hay una persona tumbada en el suelo!

—¡Es mi hermana, señor! explicó Damián.

Y corrió juntamente con el chofer para librar a Paulina del lazo que la aprisionaba y que la pobre niña no había tenido ánimo de quitarse. Ayudada por su hermano y el chofer, Paulina se puso de pie, se sacudió la tierra y se arregló su pobre traje. El maleante cuyano, viendo que las intenciones del caballero parecían no pasar más allá de una amenaza, fué retrocediendo poco a poco y cuando se halló a buena distancia se volvió llamando a su compinche:

—¡Eh, Celestino, ven en mi ayuda!

Pero Celestino tenía demasiado que hacer con el agresivo perro. Betún había acabado por derribar a su adversario y, al verlo inmóvil en el suelo, creyó su misión terminada y se alejó corriendo en dirección de sus amos.

Ché Desiderio llegó junto a su compinche y le dijo:

—Buen dar con el compadre lerdito que me tocó! ¿Cómo te has dejado dominar por un perro?

—Si no se me ocurre hacerme el muerto, ese condenado perro que más que perro es el mismo diablo, me había dejado convertido en un San Lázaro, respondió Celestino.

Recogió el palo que le servía de bastón y que había dejado caer du-



El caballero sacó rápidamente una pistola y apuntó contra el bandido.

rante su lucha con el perro y ambos compinches se quedaron mirando con rabia a las personas que habían formado un grupo junto al automóvil.

Mientras tanto, el caballero interrogaba a los muchachos:

—¿A dónde van ustedes?

—A Santiago, señor, respondió Damián.

—¿A Santiago?

—Sí, Señor; pensamos llegar a la estación de Alcones y embarcarnos allí.

—¿Uf, eso está bastante lejos! Hay treinta y un kilómetros desde aquí... ¿Quieren que los lleve en mi auto? Yo también voy a Santiago. Los llevaré por el camino de Alhué y de Melipilla...

¡Oh, señor, qué bueno es usted! Pero permite que llevemos a nuestro perro?

—Bien, bien; ese perro se ha portado muy valiente.

Y bajo la mirada odiosa de los dos maleantes, el auto partió hacia el norte llevándose a los dos niños y a Betún, dejando tras de sí un torbellino de polvo.

—¿No importa! dijo ché Desiderio. Le ví el número: 36 B-O ¡Algún día nos volveremos a ver!

El caballero que acababa de salvar a los dos huérfanos de un modo tan providencial, era un dueño de fundo, llamado don Sergio Vilella. El chofer se llamaba José Núñez. Mientras el auto corría velozmente, el caballero dijo a los niños:

—Ahora que están ustedes en seguridad, cuéntenme por qué fueron atacados por esos granujas. Porque no creo que haya sido para robarles algo...

—Sí, señor; querían robarme esta chaqueta.

—¡Oh! exclamó sonriendo don Sergio. Me parece que no es una prenda de mucho precio.

—Vale mucho, señor, aunque es verdad no sabemos a cuánto asciende la cantidad escondida en el fero...

—¿A ver, a ver...! ¿qué me está contando? respondió muy intrigado el caballero.

Entonces Damián contó a don Sergio Vilella la historia de la chaqueta, desde el momento en que habían adquirido hasta el instante en que don Sergio los había encontrado defendiendo aquella miserable prenda a brazo partido.

—Así es que en cuanto lleguemos a Santiago iremos en busca de Domitila Barrientos para entregarle esta chaqueta que le pertenece por herencia.

—Son ustedes muy buenos niños dijo don Sergio, que se sintió muy bien impresionado respecto de los dos hermanitos y estoy muy contento de haberlos salvado de las manos de esos fascinerosos. Cuando lleguemos a Santiago yo les ayudaré a encontrar a esa Domitila Barrientos para entregarle el dinero que se encuentra en la chaqueta.

—Y después... ¿nos buscará también, señor? preguntó Damián. Porque nosotros queremos ganar para nuestra vida.

Don Sergio les hizo varias preguntas más respecto a sus padres y al pueblo de donde venían. Las respuestas no fueron esta vez muy claras y satisfactorias. Pero don Sergio se prometió a sí mismo averiguar mejor la cosa en Santiago. Y no insistió más sobre el asunto.



—¡No importa, dijo ché Desiderio, le vi el número! ¡Algún día volveremos a vernos!

El auto devoraba las distancias de un pueblo a otro y nuestros dos huérfanitos sintieron una grandiosa impresión al atravesar un gran puente sobre el río Rapel. En Alhué don Sergio hizo poner bencina en el estanque del auto y en seguida los viajeros prosiguieron viaje sin detenerse hasta Melipilla. Allí almorzaron en un hotel. Y de nuevo siguieron rumbo a la capital.

Un cuarto de hora después de haber entrado en Santiago, el auto se detuvo ante un lindo chalet de la Avenida República. Un mozo acudió a abrir la reja, el auto entró y fué a detenerse junto a la escalinata de mármol que había en la fachada del edificio.

Eran ya las 5 de la tarde. Don Sergio vivía solo con su mujer y

unos cuantos criados. No tenía hijos. Una de las criadas que se había asomado al vestíbulo, exclamó volviendo la cabeza hacia adentro:

—¡Llegó don Sergio, misiá Anita... y viene con dos niños!

Una dama en traje de casa apareció en el vestíbulo. Al ver a su marido acompañado de dos muchachos, en su cara se reflejó una impresión de asombro y sus ojos lanzaron a su marido unas miradas interrogadoras. Don Sergio sonrió al ver la expresión de extrañeza de su esposa y dijo:

—¿Te sorprende la presencia de estos niños? Pues es una historia que parece una novela. Ya te la contaré en seguida. Pero ante todo ordena que preparen algo para co-

Damián y Paulina se mostraban tan asombrados como la dueña de casa. Miraban el vasto aposento de piso reluciente como espejo, los sillones suntuosos, hermosas cortinas y unos grandes cuadros que representaban bellos paisajes... Todo relucía como el oro y brillaba como un espejo en aquella casa... No se atrevían a tocar nada, ni siquiera se atrevían a dar un paso...

(Continuará)

¿Cómo son recibidos en aquella casa suntuosa los pobres huérfanitos? ¿Acaso la suerte se ha cansado de aporrearlos y les tiene destinadas ahora venturas y dichas? Cada semana más apasionante esta novellita que ha sido escrita especialmente para "El Colegial".

Página Femenina

COJIN BORDADO

Un bonito ramo de amapolas adorna este original cojín que ha de poner una nota alegre sobre el sillón del living.

Para su ejecución se emplea tela de hilo color azul Francia e hilo mercerizado en los colores siguientes:

Granate, rosa, amarillo y salmón. Con estos colores se bordan las flores en punto festón, y con verde oscuro los tallos, que se bordan en punto cordón oblicuo; para las hojas, que se hacen en punto pasado matizado, se utiliza algodón verde claro.

La medida, más o menos, del cojín es de 54 cms. de ancho por 54 cms. de largo; las orillas se terminan con un borde acordonado de 2 1/2 cms. de ancho.

Ejecución de los puntos: Festón: Este punto se hace de izquierda a derecha. El hilo pasa por debajo del pulgar izquierdo puesto fuera del dibujo. La aguja penetra en la tela encima de éste y sale por debajo. Se tira la hebra cuidando de que el punto no arrugue la te-



Estas puntadas deben darse muy juntas una de otra.

Cordón oblicuo: Este punto consiste en dar puntadas oblicuas muy juntas.

Pasado matizado: Se borda dando simplemente puntadas largas desiguales siguiendo los perfiles del dibujo y dirigiéndolas hacia el centro de éste.

Para la Niña hacendosa

Pancitos de harina integral

Ingredientes: 1/3 kilo de harina integral, 1 cucharad de postre, de azúcar, 1 cucharada de postre, de polvos Royal. 1/2 cucharadita de sal, 2 cucharadas de mantequilla. 1/8 litro de leche.

Procedimiento: Mezclar la sal y polvos Royal con la harina y revolver con la mantequilla hasta que esté parejo. Agregar la leche y mez-

clar todo bien. Luego vaciarlo a una tabla espolvoreada con harina integral. Formar redondelas y cocer en un horno caliente durante 15 minutos.

Estos pancitos son mejores si se sirven calientes. Abrirlos y untarlos con mantequilla caliente y servirlos.



CAPITULO V

Minerva y Juno ayudan a los Nautas

Jasón, cual si algún númen se lo revelase, comprende que se cumplen las palabras de Fineo, y replica:

—Os juro que tendréis las tres cosas que demandáis, pero, decidme, ¿por qué os habéis hecho a la vela con temporal tan duro? ¿Cuál es vuestra estirpe, cuál fué el objeto de vuestro viaje?

Uno de los jóvenes responde:

—Recordad que Frixo vino desde Grecia al reino de Etas y que usó como cabalgadura un carnero de vellón de oro, donación de Mercurio cuya áurea piel aún puede admirarse. El rey hospedó a Frixo en sus alcázares y le dió a su hija Calciopa por esposa. Nosotros somos hijos de ese matrimonio, nuestra madre aun vive, pero Frixo ha muerto. Sabed nuestros nombres: este es Citisoro, aquél de tez oscura es Frontis, Melas el de los cabellos rubios, y a mí me llaman Argos.

Jasón responde:

—No dudo que Júpiter os envía a mi encuentro. Vengo de Grecia, pero debo marchar mañana al Asia, capital de la Cólquide.

Da en seguida la orden de que se proporcione a los náufragos vestidos y alimento, y dirígense luego a un edificio que sirve de templo, en cuyo pórtico levántase el ara. Terminada la ofrenda propiciatoria y

la cena, Jasón habla a los náufragos en esta forma:

—Todo lo que ocurre está dispuesto por Júpiter que acaba de salvarnos de la tempestad, embarcad en mi nave, si así os place, y ella os conducirá o al Asia o a Orcómeno: la diosa Minerva construyó mi bajel cortando robustas hayas. Puesto que la Fortuna os ha traído aquí, servidnos de pilotos, ayudadme a cumplir mi misión de transportar a Grecia, cuna de nuestros padres, el vellocino de oro; de este modo cumpliréis la voluntad de Frixo y aplacaréis la ira de Júpiter.

Las palabras de Jasón llenan de espanto a los cuatro muchachos, que comprenden que no será fácil arrebatar al rey Etas el vellocino de oro. Argos describe a los nautas los grandes peligros que tendrán que correr, pues, fiero dragón que jamás duerme, custodia el vellocino de oro, cumpliendo las órdenes del rey. A estas frases, replica Peleo con audacia:

—¿Os imagináis, mozos, que ha de faltarnos aliento para vencer al enemigo? Mal nos conocéis. Nosotros somos descendientes de los dioses y si el rey Etas se negara a entregar a Jasón el vellocino de oro, nuestra hueste le obligará a ello.

Nada añaden los hijos de Frixo, y despléganse las velas; corre veloz el Argo sobre las aguas del Eu-

xino dejando atrás montes y ríos, hasta que penetran en un golfo que tiene a su espalda la fragosa cordillera del Cáucaso. En una de sus cumbres está Prometeo sujeto por cadenas, sirviéndole sus entrañas de festín a un buitre feroz. Desde la nave, oyen los marinos el aletear del pájaro infernal.

El piloto consigue, por fin, conducir la nave a la desembocadura del caudaloso Fasis, que señala uno de los límites del Ponto Euxino, y los remeros guardan bajo cubierta las velas, valiéndose únicamente de los remos para remontar el río.

Pronto descubren el campo de Maborte y su bosque sacro, de una de cuyas encinas pende el vellocino de oro, al que custodia formidable dragón. El caudillo de los argonautas llena su cincelada copa de oro con exquisito licor y miel, invoca a los dioses locales, y vierte su contenido en las aguas del río, luego eleva fervida plegaria, y para propiciarse las ánimas gloriosas de los héroes muertos, hace quemar incienso, rogándoles que las áncoras del Argo encuentren cómodo lecho en el hondo cauce. Terminada la ceremonia, exclama Anceo:

—Estamos ya en aguas de la Cólquide, y a orillas del Fasis, centro de su poder. ¿Cómo nos mostraremos a su rey, en actitud hostil o humilde?

Jasón no responde y resuelve anclar lejos de la orilla, a la sombra de añejas árboles que oculten, protegiéndola, a la nave. El sueño bienhechor cierra los párpados de los marinos, que no despiertan hasta que la naciente aurora les toca con sus dedos rosados.

La arboleda escondía a maravi-



Ha arribado a la "Cólquide", una armada por Jasón y muchos héroes griegos, dijo Minerva.

lla al Argo y sus tripulantes. Pero a través de las frondas, divisanlo Juno y Minerva, quienes, retirándose al Olimpo, celebran en recóndita estancia una conferencia. Juno fué la primera en hablar y dijo:

—Hija de Júpiter, portentoso de sabiduría, ¿cómo lograrán los audaces navegantes apoderarse del codiciado vellocino? El que vaya a decirselo a Etas, necesita tanta prudencia como denuedo; es imposible vencer al rey en buena lid, mas hay que obtener la victoria a todo trance.

Minerva respondió:

—Excelsa Juno, temo como tú, por la expedición, mas no alcanzo a concebir un plan que desbarate los intentos del enemigo.

Juno propone, que olvidando añejas querellas, vayan ambas a visitar a Venus y le rueguen que ordene a su hijo Cupido que atraviese el pecho de Medea maga —princesa hija de Etas—, con una de sus fle-

chas, consiguiendo de este modo, que se enamore de Jasón.

—La estratagema es buena —responde Minerva— Nada entiendo de dardos amorosos, pero vamos a atacar a la diosa.

Hallábase Venus en su palacio de Chipre, cuando aparecen las dos diosas, invítalas amablemente a que expongan el motivo que allí las trae. Juno comienza:

—Ha arribado a Cólquide una nave tripulada por Jasón y muchos héroes griegos. Me intereso por ellos, y deseo que el caudillo salga airoso de la temeraria empresa de apoderarse del vellocino de oro. He de decirte, ¡oh, diosa! que tengo con ese doncel una deuda de gratitud. Una vez descendí a la Tierra en forma de mendiga, y por la noche me sorprendió la lluvia torrencial, haciendo intransitable los caminos, la nieve y el granizo. Encontréme con Jasón que regresaba de una cacería, me tomó sobre sus

hombros y me llevó por entre los riscos; desde entonces le dispense mi protección. ¿Puedo contar contigo?

Medita Venus unos instantes, y luego responde:

—Ardo en deseos de secundarte, pero bien sabes que dispongo de escasos medios bélicos, comparados con los vuestros.

—Sólo te pedimos que llames a tu hijo Cupido para que dispare uno de sus dardos, hiriendo el corazón a la hija de Etas, la que enamorada, ayudará al caudillo de los argonautas a conquistar el vellocino de oro, y luego en compañía de él, emprenderá la ruta de Jolcos.

Replica Venus, argumentando que el niño-dios es insolente y travieso, indómito y caprichoso, pero, sin embargo, está dispuesta a intentar que intervenga en la empresa.

Sepáranse las tres diosas, y Venus se dirige al vergel del Olimpo, donde encuentra a Cupido jugando

a los dados con Ganímedes. Trata Venus de conseguir su objetivo, prometiendo a Cupido una esfera fúlgida esmaltada de azul y le dice: "parte sin demora, y obtendrás el ofrecido premio".

Tira el rapazuelo los dados con que jugaba, con planta veloz atraviesa el umbral etéreo del Olimpo, explora el rumbo que debe seguir, despliega sus alas, y desciende a la Tierra. Los dos polos, que cual pilares sostienen el mundo, se elevan gigantescos en el firmamento, el sol matiza las altas montañas con su luz purpúrea y el agua, cual un cristal, copia en su linfa las frondas. Desde las nubes todo lo ve Cupido; aclárase más y más la visión panorámica a medida que se aproxima a la tierra, y aumenta a la vez la percepción de sus oídos.

Entretanto, los argonautas permanecían anclados en el río, cada uno quieto en el banco correspondiente, y escuchando sin interrumpirle las vibrantes palabras de Jasón.



Dirígense luego a un edificio que sirve de templo.

—Camaradas —decía el jefe nuestra empresa es común y si regresamos triunfadores al Peloponeso, será por nuestra culpa. O mi plan: permaneced en el Argos, bre las armas, yo desembarcaré. Acompañado por los hijos de Eteas, me dirigiré al palacio del rey. Etas, le presentaré mi demanda, intentaré que mis persuasivas palabras le decidan a entregarnos el vellocino de oro. A veces los lisos discursos, vencen mejor que las espadas. Cuando Frixo vino aquí huyendo de su fiera madre, Etas le acogió bondadoso, para cumplir el mandato de Júpiter que ordena la hospitalidad, ¿qué habrá de negármela a mí?

Asienten todos, y Jasón prepara a la marcha sin más escolta que Telamón, Augias, y dos de los hijos de Frixo. Han de atravesar en su marcha una dilatada llanura y para que los habitantes de Cólquide no les cierren el paso cuando lleguen a la ciudad, Juno envuelve a ésta en cendales de niebla que ocultan a Jasón y sus compañeros, los cuales detiéndense al encontrarse enfrente al palacio real y en cuyo instante la niebla se disipa.

El frontispicio de la regia moderna es de mármol, le decoran áureos bronceos y le sirve de remate alta cornisa de jaspe; en el centro del alcázar hay un jardín que es a la vez patio y en él brotan cuatro fuentes. De la una mana riquísima leche, de la segunda, oloroso aceite, de la tercera, sabroso vino y la última deja correr agua cristalina que es fría en el estío, y cálida en invierno.

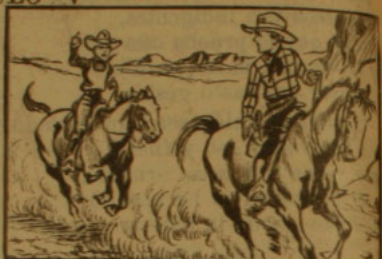
(Continuará)

¡QUIEN RAPTO

CAPITULO V



1.— La desaparición de Bill Henson era un problema que Jeff Warren se había propuesto resolver lo más pronto posible. Montó a caballo y salió del rancho.



2.— De pronto sintió una voz que lo llamaba: —¡Eh, Jeff, déjeme ir con usted! Warren volvió la cabeza y vio que se trataba del hijo del Bill Henson, el niño Jim.



3.— Amiguito, le dijo Jeff, yo voy a unos sitios muy peligrosos; no conviene que vengas conmigo. —Los sitios peligrosos me tienen sin cuidado, dijo Jim.



4.— Está bien, dijo Jeff; entonces cuéntame algo de tu papá. —Papá, respondió Jim, salió para ver a Soames y saber algo de unas reses perdidas. Pero no regresó.



5.— Entonces, Soames debe saber dónde está Bill Henson, dijo Jeff. De pronto, vieron a dos jinetes. —¡Soames y Johnson juntos! exclamó sorprendido el niño.



6.— Esta es una oportunidad, dijo Jeff Warren. Subamos por aquí y desde arriba podremos ver a dónde van y qué es lo que hacen por estos sitios solitarios.

HENSON?



7.— Jeff Warren y el niño Jim desmontaron y en seguida empezaron a escalar las rocas, desde cuya cima podían seguir todos los movimientos de Soames y de Johnson.



8.— Sin darse cuenta de que eran observados y oídos, ambos hombres conversaban respecto de un robo de ganado que ellos mismos habían efectuado el día anterior.



9.— De pronto, los dos bribones se detuvieron. —¡Eh, alguien anda rondando por aquí! exclamó Soames. ¡Fíjate en esas huellas de herraduras, Johnson; están frescas.



10.— ¡Han descubierto las huellas de nuestros caballos! dijo Jim —No importa, respondió Jeff; lo importante es que no nos descubran a nosotros, por ahora, Jim.



11.— Mientras tanto, Soames y Johnson desmontaron y con revólver en mano empezaron a examinar las huellas. —Subamos, Johnson, dijo Soames; deben estar arriba.



12.— ¡Van a subir aquí! murmuró el niño Jim. ¿Qué podemos hacer, Jeff, para que no nos descubran? —Una cosa muy fácil, respondió Jeff. Y habló en voz baja al niño.
(Continuará)



RECUERDE: Santiago Merande recibe una carta del Africa con un documento que parece una escritura secreta. Va donde su tío materno, Juan Salvere, y éste descifra el documento. Se trata de un tesoro enterrado en un sitio de la tierra africana. El tío, el sobrino y un antiguo condiscípulo de éste, llamado Gabriel Montrose, se asocian y llegan al Africa en busca del tesoro. Una misteriosa vía de agua amenaza echar a pique la barca de los exploradores.

CAPITULO III

Traición

Uno de los negros sudaneses trataba de tapar la rotura valiéndose de un gangocho enrollado a manera de tapón, mientras los remeros agitaban los remos con rapidez vertiginosa. Los tres exploradores no pensaban en el peligro, y el temor de perder el cargamento dominaba cualquier otro temor. De los cajones amontonados en el centro de la embarcación dependía la suerte de la expedición; su pérdida constituiría un verdadero desastre.

Juan Salvere había reunido con paciencia y con cariño las armas y los instrumentos que su ingenio de sabio le había sugerido llevar para allanar los obstáculos naturales del camino. Y se sentía desfallecer ante la sola idea de que unos cuantos

metros cúbicos de agua podían lograr en pocos minutos el fruto de sus esfuerzos.

Estaban ya cerca de la orilla, cuando el tapón cedió. La barca se inclinó con brusquedad. Santiago y su tío se miraron desalentados.

—¡No es nada! exclamó el buen Zamba.

Tomó entre sus dientes el cabo de una amarra y se lanzó al agua. En tres braceadas alcanzó la orilla. Seis sudaneses imitaron su ejemplo y la barca atraída por aquellos brazos vigorosos, tocó fondo en la orilla, donde se mantuvo sólidamente. Y mientras los tres blancos se estrechaban las manos, pálido de emoción, los negros prorrumpían en gritos de alegría: “¡Tara tara, tara!”

En medio de la alegría general, nadie reparó en un negro que parecía no compartir la triunfal algarabía de los demás.

La orilla del río era plana y sólo hacia el este el terreno formaba una pequeña eminencia. En un radio de 700 u 800 metros, no se veía ningún árbol, salvo dos “karites” en el altillo. El suelo era árido y la poca hierba que crecía tenía débil apariencia. Un poco más lejos se divisaban unas rocas, al oeste de las malezas y matorrales. Paralelas al río, como a un kilómetro

de distancia se veían unas arboledas que remataban en el lindero de la selva. Y esta configuración del terreno era propicia a los expedicionarios, pues estaban a salvo de una sorpresa. El sabio se acercó a Gabriel Montrose y le dijo:

—Amigo, creo que ha llegado el momento de utilizar su vista de lince. Con ayuda de los anteojos de larga vista podrá usted precisar cualquier detalle sospechoso que descubra en la lejanía.

Montrose se dirigió al montículo para abarcar mayor radio de observación. Salvere y Santiago se cuidaron del desembarque. Un cuarto de hora después, se habían desembarcado diez fusiles de repetición, tres fusiles para la caza de elefantes y un fusil ametralladora. Cinco de los dieciséis sudaneses sabían manejar más o menos un arma de fuego. Los demás sólo podían prestar ayuda en una lucha a corta distancia, en un combate cuerpo a cuerpo.

—¡Por lo menos esos negros servirán para meter bulla! dijo Santiago. Nuestros fusiles son excelentes.

Los negros trabajaban activamente y la barca iba quedando vacía. Montrose continuaba sus observaciones, subido sobre el montículo. Santiago y su tío se acercaron.

—¿Se ve algo? preguntó don Juan.

—Sí, señor Salvere; me parece que no estamos solos en esta orilla. Veo unos hombres.

—¿Muy lejos?

—Como a medio kilómetro. Son

cinco. Los distingo claramente entre dos grupos de árboles. ¡Se van... han desaparecido!

—No tenemos por qué inquietarnos, dijo don Juan Salvere. En esta región los indígenas no suelen mostrarse muy agresivo con los blancos. ¿Cómo son esos hombres que usted acaba de ver, Montrose?

—Llevan un traje amplio, de color obscuro, sembrado de placas metálicas muy extrañas. Tienen el rostro cubierto con una tela blanca. Según lo que he leído en ciertos periódicos ilustrados, esos indígenas parecen ser los famosos "tuareg".

—No es probable. Los tuareg no se alejan mucho de sus ocultos campamentos del Sahara.

Los tres amigos se dirigieron hablando hacia la barca. Montrose seguía sosteniendo que los indígenas que había visto tenían todas las apariencias de ser los sanguinarios guerreros del Sahara. Pero don Juan Salvere decía en voz alta:

Al oír la palabra tuareg, los negros sudaneses levantaron la cabeza de su faena y miraron a los blancos con ojos inquietos. Zamba se acercó a don Juan y exclamó:

—¡Tuareg malos, ser hienas... Venir lejos este año!

Un minuto de inquietante silencio siguió a las palabras de Zamba.

—¿Por qué asustarse tanto, dijo Montrose. Los tuareg saben que los hombres blancos vengan a los suyos. No se atreverán a atacarnos con sus dardos mortíferos.

—De todos modos debemos reparar la avería de la barca lo más

pronto posible. ¡Cuánto tardaremos, Zamba?

Zamba levantó tres dedos y describió un círculo en el aire.

—¡Tres horas! murmuró el sabio. ¡Y dentro de media hora habrá caído la noche! Debemos disponernos en el acto para la defensa en caso de ataque. ¡Vamos, ayúdenme a sacar los objetos de estas cajas!

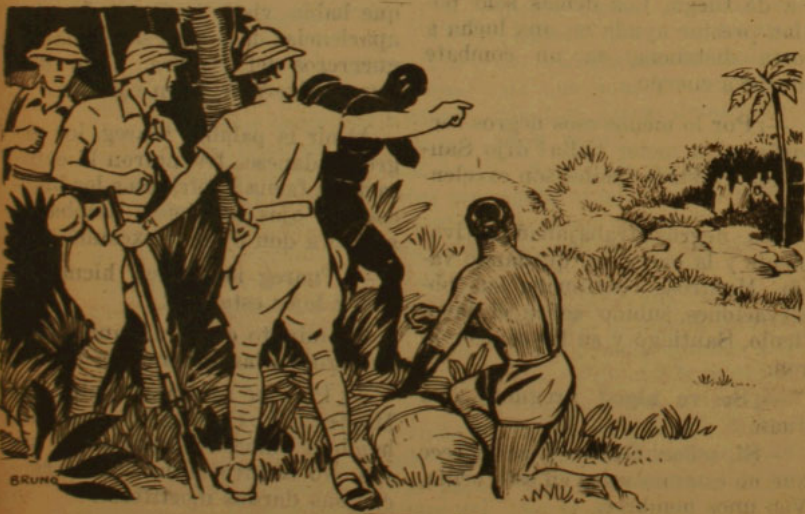
Ayudado por ambos jóvenes, don Juan Salvere sacó dos reflectores, uno de los cuales era giratorio, y sacó también un equipo completo de cinematógrafo sonoro.

—Cuando se ponga el sol, iremos a colocar el blanco lienzo en aquel sitio estratégico y un poco más lejos dispondremos el reflector giratorio. Detrás del montículo emplazaremos el fusil ametralladora.

El sol naranja descendía sobre el bosque lejano cuando los preparativos de los expedicionarios estuvieron terminados. Salvere, siempre en su puesto, de cuando en cuando tranquilizaba a los que trabajaban con ardor. Los negros estaban decididos a combatir confiando ciegamente en la superioridad militar de los blancos. Montrose había subido otra vez al montículo para observar.

Los tuareg han vuelto otra vez y en mayor número. Están observándonos. Pero parece que no han visto nuestra barca; el montículo les impide verla desde allá.

De pronto, la obscuridad cayó rápidamente sobre los seres y las cosas. Un temor solemne parecía planear por encima de los expedicionarios.



Si señor Salvere, parece que no estamos solos, en esa orilla veo unos hombres.

—Alerta, dijo don Juan Salvere.
¡Vamos, Santiago!

El sabio y su sobrino se alejaron por la orilla del río. Cinco minutos más tarde, el enorme lienzo quedaba colocado en el sitio escogido por don Juan Salvere, y el reflector giratorio, un poco más lejos, daba vueltas como un molino luminoso. Los negros sudaneses que habían visto todos estos trabajos misteriosos, sintieron acrecentarse en ellos la confianza que los blancos les inspiraban, especialmente don Juan Salvere a quien empezaban ya a considerar como una especie de profeta. Hasta los más tímidos se sentían valientes.

—Los tuareg buscan la sombra para lanzarse al asalto de sus víctimas. El reflector giratorio retardará su ataque, si es que se deciden a atacar...

Cada vez la noche se hacía más negra y profunda. La hermosa constelación de la Osa Mayor desplegaba sus estrellas resplandecientes; la selva cercana se llenaba de gritos y clamores carnívoros y el Níger parecía arrastrar en sus negras aguas extraños animales de nácar o de perla. En la orilla el reflector seguía lanzando sus rayos enormes y móviles.

—¡Un negro en el llano! exclamó Montrose que vigilaba sobre el montículo.

En efecto, uno de los negros sudaneses aprovechando la obscuridad se arrastraba para salir furtivamente del campamento en di-

rección de los tuareg. Montrose no quiso disparar sobre el sudanés y echó a correr detrás. El negro era muy ágil; pero no en vano Montrose se había ganado muchas medallas como campeón pedestre cuando era estudiante. En dos minutos alcanzó al fugitivo, que, al verse amenazado por el revólver del joven se prosternó temblando de espanto y lanzando súplicas confusas. Cuando Montrose entró de nuevo al campamento con su prisionero, Zamba exclamó:

—¡Wayo traidor! ¡Wayo amigo tuareg! ¡Nunca contento yo de Wayo!

Los demás negros se precipitaron sobre Wayo para matarlo. Don Juan Salvere se interpuso. En seguida dijo a Zamba:

—Díle que salvará la vida si confiesa la verdad. Díle también que yo sé leer en su espíritu. Si miente, morirá.

Loco de espanto Wayo se arrodilló a los pies de Salvere y confesó su traición.

—¿Cuántos son los tuareg? preguntó Merande.

Wayo levantó siete veces ambas manos:

—Son bastantes; pero le haremos frente, dijo el sabio resueltamente.

—¡Alerta! gritó Montrose desde el montículo. ¡Los tuareg avanzan! Vienen en varios grupos... el reflector me ha hecho ver que vienen armados de fusiles...

(Continuará)

LOS PRINCIPIES ENCANTADOS



III PARTE

Preguntó si era aquella la tierra a la que se dirigían, pero los cisnes menearon las cabezas, porque la niña estaba contemplando solamente un espejismo, es decir, el palacio siempre cambiante del hada Morgana. Ningún mortal se atrevía a entrar. Elisa lo contemplaba extasiada, pero mientras tanto, se desvaneció el palacio y apareció en su lugar, una espléndida iglesia, provista de altísimas torres y de puntiagudas ventanas. La niña creía oír las notas del órgano, pero en realidad, era el ruido de las aguas. Cuando ya estuvo más cerca de aquella iglesia, observó que se transformaba en un gran navío, que llevaba tendidas todas sus velas. Mas no tardó en desaparecer también dejando a la vista una espesa cortina de niebla marina. De esta manera la joven contempló grandes cambios y transformaciones que se sucedían ante sus ojos y al fin pudo divisar la tierra a la cual se dirigían.

Ante ellos se erguían altas y azuladas montañas, cubiertas de cedros y en ellas había también espléndidos palacios. Mucho antes de la hora de ponerse el sol la joven pudo ya sentarse entre las montañas, ante una gran cueva cubierta de delicadas y verdes plantas trepadoras. Parecían ser un pedazo de encaje de maravilloso color.

—Ahora veremos lo que sueñas aquí esta noche —dijo el hermano menor, mientras le mostraba el lugar en que habría de tenderse a dormir.

—¡Ojalá soñara la manera de libraros de vuestro encantamiento! —exclamó la joven...

Esta idea llenaba por completo su mente. Rogó a Dios que le concediese su auxilio y aun dormida continuaba su oración. Le pareció que volando, se dirigía al palacio aéreo del hada Morgana. El hada se acercó a ella. Era una doncella hermosa y encantadora; y sin embargo, se parecía extraordinariamente a la anciana que hallara en el bosque y que le dió unas bayas y le habló de los once cisnes coronados.

—Tus hermanos podrán verse libres de su encantamiento —dijo— pero, ¿tendrás bastante valor y paciencia para ello? No hay duda de que las aguas del mar tienen menos consistencia que tus manos, y no obstante, pueden cambiar la forma de las piedras más duras. Pero ellas no sienten el dolor que sufrirán tus manos. No tienen corazón, y no sufren las angustias y el dolor que tú habrás de soportar. ¿Ves este agudo pincho que tengo en la mano? En torno de la cueva en que duermes crecen muchas plantas espinosas; solamente éstas y las que crecen en los cementerios pueden ser útiles para tu objeto. Recuérdalo. Habrás de cogerlas, por más que desgarran

y pinchen tus manos. Aplasta los pinchos con los pies y de esta manera tendrás hilo que emplearás en hacer once cotas provistas de largas mangas. Echa cada una de esas cotas sobre los once cisnes y quedará roto el encantamiento. Pero recuerda que desde el momento en que des comienzo a este trabajo, hasta que lo hayas terminado, aunque emplees varios años en la tarea, no debes pronunciar una sola palabra. La primera que profirieses caería como un puñal en los corazones de los once cisnes. Sus vidas dependen, pues, de tu lengua. ¡Acuérdate bien de eso!

En el mismo momento le tocó la mano, que ardía, cual si fuese de brasa y aquel contacto despertó a Elisa. Era ya día claro y al lado de su improvisado y sencillito lecho vió un espino como el que contemplara en el sueño. La joven se apresuró a ponerse de rodillas, dió las gracias a Dios y salió de la cueva, dispuesta a empezar su trabajo.

Con sus delicadas manos cogió las agudas espinas vegetales y sintió que sus dedos ardían. En sus manos y en sus brazos aparecieron grandes arañazos y ampollas, pero lo sufrió con paciencia, en su deseo de libertar a sus hermanos. Aplastó todos los espinos con sus pies desnudos y luego obtuvo un manojo de hilo.

Al ponerse el sol regresaron los hermanos y se alarmaron lo indecible al observar la mudéz de la joven creyeron que se debería a una nueva brujería de su malvada madrastra. Pero, al observar el estado de sus manos, comprendieron que su hermana obraba así en beneficio de ellos mismos; el hermano

menor se echó a llorar, y la joven ya no sentía dolor y desaparecían las ampollas y los arañazos de los puntos en que iban a caer las lágrimas de aquel.

Elisa pasó toda la noche trabajando, pues no quería descansar en tanto que continuase el encantamiento de sus hermanos. A la mañana siguiente los cisnes se alejaron de nuevo. Y ella, entretenida en su trabajo, apenas se dió cuenta del transcurso del tiempo. Terminó la primera cota y empezó la segunda. De pronto sonó un cuerno de caza entre las montañas; la joven se asustó al notar que se acercaba el sonido. Luego oyó los ladridos de los perros. Aterrada, se guareció apresuradamente en la cueva, ató las ramas espinosas que había cogido, hilado y tejido, y formó un fardo sobre el cual se sentó.

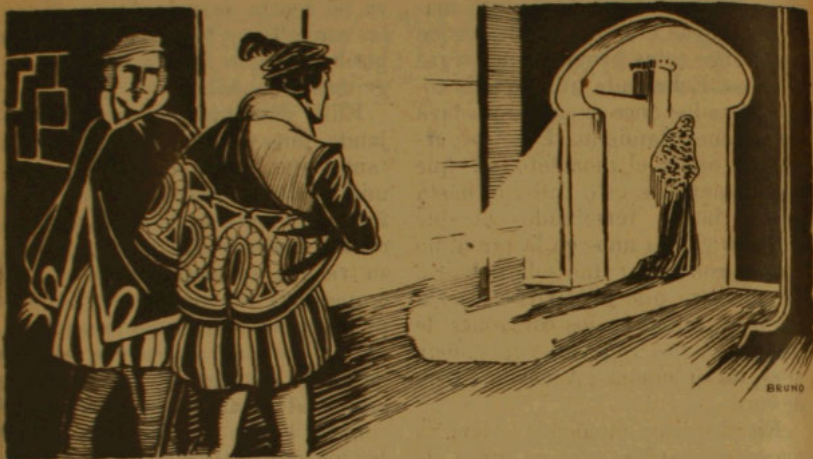
En aquel momento salió de la espesura un perro muy grande, seguido a los pocos instantes por varios otros; todos ladraban fuertemente y corrían de un lado a otro. En pocos minutos los cazadores se congregaron en torno de la entrada de la cueva. El más apuesto de todos era el rey del país. Acercóse al lugar en que se hallaba Elisa, diciéndose que jamás había visto una muchacha más bella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí hermosa niña? —preguntó.

Ella meneó la cabeza, pues no se atrevía a hablar.

Su propia salvación y la vida de sus hermanos dependían de su silencio. Ocultó las manos bajo su delantal, a fin de que el rey no pudiese darse cuenta de lo que había sufrido.

—¡Ven conmigo! —dijo el rey—no



Con el corazón lleno de temor se dirigió al jardín, alumbrado de la luz de la luna.

puedes continuar aquí. Si eres tan buena como hermosa, te vestiré de seda y terciopelo, te coronaré y vivirás a mi lado.

Luego, la subió a su propio caballo, en tanto que ella sollozaba y se retorció las manos, pero el rey le dijo:

—Solamente me preocupa tu felicidad. Algún día me agradecerás lo que hago ahora.

Y dicho ésto, el rey y su séquito emprendieron el regreso a través de las montañas.

A la puesta del sol, los cazadores pudieron contemplar la regia capital en la que había multitud de hermosos palacios y espléndidos templos de altísimas torres. El rey se dirigió a su palacio, en cuyos jardines y salas había magníficos cuadros. Pero Elisa sólo tenía ojos para llorar. Pasivamente dejó que las camareras la cubriesen de regias vestiduras, que entretejeran sar-

tas de perlas en sus cabellos y que cubriesen de guantes sus laceradas manos.

Estaba tan maravillosamente hermosa, vestida con aquellos magníficos adornos, que los cortesanos le hicieron profundas reverencias, en tanto que el rey la cortejaba como prometida, eso a pesar de que el ministro meneaba la cabeza y en voz baja decía que la hermosa doncella era una bruja, que había deslumbrado y sojuzgado al rey.

Este se negó a oírle y ordenó que tocara la música, que se sirviese un espléndido banquete y que las más hermosas bailarinas fuesen a hacer gala de su arte ante la nueva soberana. Esta, a través de aromáticos jardines, fué llevada a unos aposentos magníficos, pero nada fué capaz de hacer asomar una sonrisa a sus labios, o una alegre expresión a sus ojos, pues la tristeza parecía haberse adueñado para siempre de

su rostro. Por fin el rey en persona visitó el dormitorio de la futura reina. Estaba adornado por esplendidas alfombras verdes y la habitación, en su conjunto, parecía a la cueva en que encontraron a Elisa. Y en el suelo estaba el fardo de hilo que ella había hecho de los tallos de las plantas espinosas. También vió colgada de la pared la cota que ya estaba terminada. Uno de los cazadores se había encargado del transporte del fardo, creyendo que era cosa curiosa y digna de ser conservada.

Aquí podrás imaginarte que te hallas en aquella cueva —le dijo el rey.— Ahí tienes también la labor a que te habías entregado. Tal vez entre tu actual esplendor te distraerá el recuerdo de lo pasado.

Cuando Elisa vió todas aquellas cosas tan queridas, apareció por vez primera una sonrisa en sus labios y el color volvió a sus mejillas. Pensó en la liberación de sus hermanos y besó la mano del rey; él la oprimió sobre su corazón y dió la orden de que echaran a vuelo las campanas de la iglesia para anunciar la boda, pues la hermosa y muda doncella de los bosques iba a convertirse en reina de la nación.

El ministro murmuró malvadas palabras al oído del rey, pero éstas no llegaron a su corazón. Iba a celebrarse la ceremonia de la boda y el mismo arzobispo habría de coronar a la nueva reina. Y colérico le encajó con fuerza la corona en la cabeza, para que le doliese. Pero como la joven tenía el corazón más oprimido todavía, no sintió la menor molestia. Estaban sellados sus labios y una sola palabra que pronunciase sería la causa de la muer-

te de sus hermanos. En cambio, sus ojos estaban llenos de amor por el bondadoso rey que hacía cuanto estaba en su mano para complacerla.

Cada día sentíase más unida a él y anhelaba poder confiarle sus penas y sufrimientos; pero había de continuar muda y terminar en silencio la tarea que le fué encomendada. Así pues, por las noches se dirigía a su fingida cueva y allí se ocupaba en tejer las cotas, una tras otra. Cuando llegó a terminar la séptima se le acabó el hilo y como ya estaba advertida de que encontraría una nueva provisión de plantas en el cementerio, hizo acopio de valor para encaminarse a él. ¿Cómo podría llegar hasta allí? Díjose que nada valía el dolor de sus dedos comparados con el que sentía en el corazón, pero estaba segura de que Dios no la abandonaría.

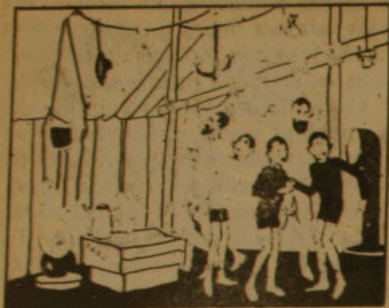
Con el corazón lleno de terror, cual si se dispusiera a cometer una mala acción, salió una noche al jardín, alumbrado por la luz de la luna, y siguiendo solitarias callejuelas llegó, finalmente, al cementerio.

Solamente la vió una persona. Era el ministro que estaba despierto mientras dormían los demás. Ya no tenía duda de que acababan de confirmarse sus aprensiones acerca de la reina. Con toda seguridad era una bruja y, por consiguiente, debía creerse que había embrujado al rey y a todos los habitantes del reino.

Recogió las plantas espinosas que necesitaba y regresó a palacio.

(Continuará)

Aventuras de Pepito y



1.—Vive el gobernador de aquel islote, en una especie de pajar grandote que parece un museo de marina, con restos de naufragio.



2.—En la fiesta que ofrecen aquel día a los niños, abunda la alegría, y entre los actos, presentan estos cuatro caballitos.



3.—Después de un minué muy bien bailado, por bailarines amaestrados, que hacen la danza muy acompañada, los niños exclaman: ¡qué monada!



4.—Dos monos y el doctor Salvajtitic, sueltan los puntos de la herida a Chochi, mientras que el pobre piensa: "me conformo porque habéis puesto cloroformo".



5.—Pepito y sus amigos quieren parte en el programa de la fiesta de arte y muestran los progresos de lectura, que hacen las niñas de la gran negrura.

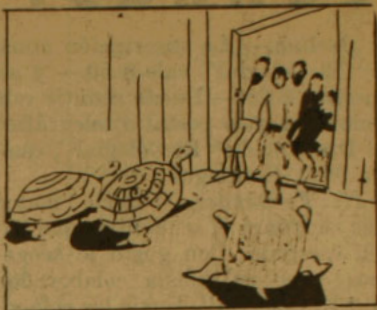


6.—Y muestran de la ciencia los progresos con la radiofonía, gran suceso que obtienen, si aprovechan cosas viejas y por auriculares dos almejas.

le su perrito "Chochi"



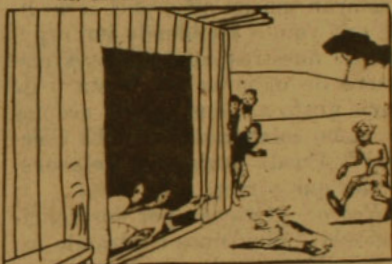
7.—Negrura IV ofrece un banquete, al que asiste el príncipe Negrete. Se asombran viendo a los blancos, que no comen como ellos, con las manos.



8.—Regresan a su casa muy cansados, y en la puerta detienen-se asustados. Tres tortugas gigantes y feroces les mandan a la calle, dando voces.



9.—Y por si fueran pocas sus razones, vienen luego tres viejos lagartones, que parecen decirles: ¡Que yo mato al que quiera co-brarme inquilinato!



10.—Pero Chochi, hace frente al invasor y dá la voz de alarma. A su clamor, llegan los monos de la policía, a castigar aquella felonía.



11.—Mientras un mono alumbrá aquella escena los otros dos preparáanse la cena, y como estos monos son bravos, no quedan de la-gartos ¡ni los rabos!



12.—Huye veloz, maltrecho el enemigo, pero ¡Oh Dios!, que la choza se ha prendido. Y saltan los monos satisfechos, mientras lamenta Chochi, ¡qué hemos hecho?

(CONTINUARA)

CORRESPONDENCIA

Berlina.— La suscripción anual a "El Colegial" vale \$ 50.— y semestral \$ 25.— Puede remitir este valor por giro postal o telegráfico al Director de "El Colegial", casilla 6562, Santiago.

H. Fernández.— Sería mejor que cambiara el pseudónimo que había escogido. Con gusto le acogemos como entusiasta colaborador de "El Colegial". Envíe las colaboraciones que guste.

Amán.— Creemos que los números siguientes de "El Colegial" le gustarán mucho más, pues a medida que vamos recibiendo impresiones de nuestros colaboradores tratamos de mejorar la revista y de darle gusto a todos. Queda aceptado como colaborador de "El Colegial". Puede enviar las colaboraciones que ofrece.

Redig.— Gracias por sus felicitaciones y quedamos esperando los cuentecitos que desea ver publicados en esta revista. Pronto se abrirá el Concurso de Cuentos Infantiles, vaya preparándose.

Cheche.— Su dibujo de Pepi no se ha publicado, porque salió mal, no los sombree tanto, hágalo mejor de línea.

Elisita.— Cuánto nos alegra saber que a Ud. le ha gustado la gina de modas que da esta revista. Seguirán publicándose todas las semanas estas modas infantiles también tejidos apropiados para las niñas hacendosas como Ud. siga colaborando.

Emilito.— Los brazos de "El Colegial" acogen cariñosos a todos los pequeños lectorcitos que deseen colaborar para él y en especial a usted pequeño Emilio. Envíe el cuentecito con falta y se lo corregiremos y también se publicará cuando haya un espacio en colaboración.

Cine.— Bueno, ¿usted quiere dedicarse a hacer biografías de artistas? Entonces puede enviarnos algunas mejores que las remitidas. Debe empezar por las de los pequeños artistas, ya sea Shirley Temple o cualquiera otra. Aceptado con todo gusto.

EL SECRETARIO



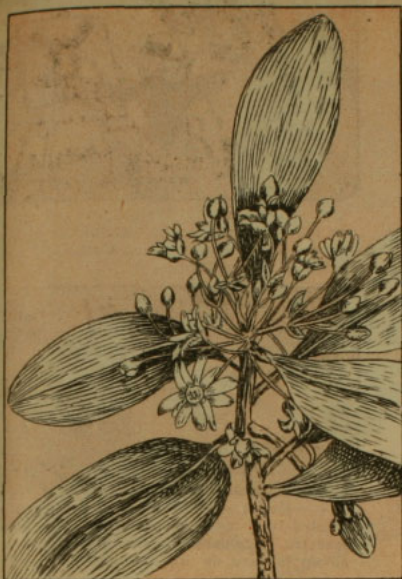
ALFONSO ARAVENA
MARIN



BLANCA ARAVENA
MARIN



COSME STGO. INGLES
TAIRA



EL CANELO (*Drimys Winteri* Forst)

El canelo es un árbol sagrado entre los araucanos y a la sombra de su follaje discutían y resolvían las dificultades que surgían entre tribu y tribu.

Su madera no es de gran utilidad para el hombre, pues sólo puede emplearse en lugares secos. En las regiones del sur de nuestro país no tiene ninguna aplicación. Porque la madera del canelo arde mal, echa humo picante para la vista.

Sin embargo la corteza del canelo tiene aplicaciones medicinales; las gentes de nuestros campos la emplean para quitar los dolores de estómago, para ahuyentar la fiebre y curar las heridas.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban.

LA MIEL

Nunca podremos apreciar en todo su valor, lo que hace por nosotros este hermoso y humilde insecto llamado abeja de miel, o sea *APIS MELLIFICA* LIN.

Desde el Génesis hasta el Nuevo Testamento encontramos a menudo, datos sobre la abeja de miel. Aristóteles, Varrón, Virgilio y Plinio nos describen la importancia de la miel. Los pueblos nómadas, junto con llevar sus ovejas, también llevaban sus abejas. En los tiempos antiguos se acostumbraba durante los primeros días del matrimonio, llevar a los nuevos esposos una taza de perfumada y delicada miel, todas las mañanas al lecho; de aquí la costumbre hasta hoy día de: **LUNA DE MIEL.**

La miel no es otra cosa que el jugo dulce y perfumado de lo que es más puro y delicado de la flor, diligentemente transportado por las abejas en su primer estómago.

La miel sostiene la combustión en nuestro organismo, es fuente de vigor para los músculos y el cerebro, da fuerza al trabajador, levanta la vitalidad a los viejos y mantiene la lucidez de la mente. La miel es excelente alimento para los niños. Mezclando una parte de miel y dos de manteca se obtiene



una crema muy agradable al paladar; extendida sobre tostadas de pan y suministrada a los niños débiles y anémicos da muy buenos resultados. La miel es el mejor dulce para los niños. Según la revista Francesa "L'Apiculteur", la miel contiene mucho radium. Alejandro el Grande fué conservado dentro de una caja de miel. A Demócrito le preguntaron un día qué había hecho para llegar a los cien años y él contestó: "Con el uso abundante de la miel".

EL TIO TRANQUILINO



1.—Los niños estaban jugando a los exploradores, cuando llegó el pintor Cascarrabias y de un puntapié deshizo la carpa. Mientras los niños hufan...



2.—Llegó el tío Tranquilino, el amigo de todos los niños, y metiéndose en el hueco del árbol se dispuso a castigar el atropello de Cascarrabias.



3.—Mientras el pintor se dio vuelta para buscar un color que le faltaba, el tío Tranquilino se asomó por el hueco del árbol y pescó un pincel.



4.—En el acto se puso a rectificar el cuadro del molino pintando con mano maestra la fachada hasta dejarla convertida en la cara de un monigote.



5.—Cuando Cascarrabias se volvió para seguir pintando su obra maestra, se encontró con el rostro burlesco del molino. — ¡Es brujería! exclamó.



6.—Y para deshacer la brujería, Cascarrabias le largó al mágico molino una tremenda bofetada; pero en vez de deshacer la brujería deshizo el cuadro.



7.—Cascarrabias se fué echando chispas sin acordarse siquiera de su caballete. El buen tío Tranquilino llamó a los niños y estos acudieron al punto.



8.—Con el caballete del pintor, el tío Tranquilino armó una magnífica carpa, mientras los niños gritaban entusiasmados: — ¡Viva el tío Tranquilino!